

Entre la historia de las ideas y la historia intelectual: aproximaciones a la periodización de la literatura*

*Diana Paola Guzmán***

Recibido: 14 de septiembre de 2011
Revisado: 19 de octubre de 2011
Aprobado: 24 de noviembre de 2011

RESUMEN

Javier Sasso había cuestionado la presencia de la historia de las ideas como paradigma de identidad continental; sin embargo, su preocupación fue ocupándose poco a poco del ámbito historiográfico y de la necesidad central de una apuesta que resultara tan múltiple como el corpus que recogía. Por esta razón, el presente artículo describe algunas de sus propuestas como principio de una historia intelectual crítica de la historia social y sus derroteros canónicos. De este modo, el problema de una periodización que respondiera a las preguntas de una historia intelectual de la literatura nos lleva a vincular la apuesta de Sasso con la del filósofo alemán Dominick LaCapra. Es así como una lectura no-canónica de textos sintomáticos podría romper la dependencia extendida entre el sistema literario y el sistema social, resultando en una posibilidad más abierta y específica para una historia de la literatura colombiana.

Palabras clave

historia intelectual, periodización, enunciación, significación.

* Este artículo de investigación es producto de los resultados del grupo de investigación Colombia: tradiciones de la palabra, adscrito a la Universidad de Antioquia, Colombia.

** Doctora en Literatura de la Universidad de Antioquia. Magíster en Literatura Hispanoamericana del Instituto Caro y Cuervo. Profesional en Estudios Literarios de la Pontificia Universidad Javeriana. Actualmente, es docente investigadora de la Universidad Santo Tomás y catedrática de la Pontificia Universidad Javeriana. Correo electrónico: dianamayeutica@gmail.com

Between the history of the ideas and the intellectual history: approaches to the periodology of the literature

Diana Paola Guzmán

ABSTRACT

Javier Sasso had questioned the presence of the history of the ideas as paradigm of continental identity, nevertheless, his worry was dealing little by little with the area historiográfico and with the central need of a bet that was turning out to be so multiple as the corpus that he was gathering. For this reason, the present article describes some of his offers as beginning of an intellectual critical History of the social History and his canonical courses. Thus, the problem of a periodology that was answering to the questions of an intellectual History of the literature, leads us to linking Sasso's bet, with that of the German philosopher Dominick LaCapra. It is as well as a non-canonical reading of symptomatic texts might break the dependence extended between the literary system and the social system, resulting in a more opened and specific possibility for a history of the Colombian literature.

Keywords

Intellectual history, periodology, statement, significance.

Recibido: 14 de septiembre de 2011
Revisado: 19 de octubre de 2011
Aprobado: 24 de noviembre de 2011

Ya Alan Badiou (2008) había propuesto que el ejercicio del pensamiento en filosofía no puede estar separado de las experiencias de la época, enunciado que lo llevó a fijar su mirada inmediata en otro terreno que no puede desligarse de la vivencia epocal: la historia (p. 30). Al parecer, pensar filosóficamente tiene que ver, de acuerdo con Badiou, con una necesidad constante de religar al individuo con su sentido temporal y, a su vez, con la búsqueda de un paradigma de evidencia, de exactitud que le permita comprobar aquello que intuye. Se podría suponer que la conversión de la intuición en un hecho respaldado por una certeza colectiva se transforma en una suerte de disciplina de la convicción que le garantizará al individuo su lugar en el *continuum* del tiempo.

Es allí donde la figura del historiador se erige como un excavador constante de convicciones, aún más cuando aquel ejercicio se centra en un objeto de raíz puramente humana: la literatura. Cómo exponer un sistema que parece desigual, incluso espectral, y que además debe ser periodizado bajo un mecanismo de dependencia con el devenir social, convirtiéndose en, como lo expresa Badiou, un elemento de subjetivación histórica¹. En este sentido, las letras colombianas no han resultado ajenas a esta dinámica pendular, ya sea de reafirmación de la selec-

ción o de negación de la misma; es decir, de territorialización de un canon sobrepuesto a un corpus, o de un corpus que desterritorialice al canon.

Cuál sería entonces nuestro punto de partida, dónde comenzar a evidenciar este movimiento dicotómico siempre previsto por las políticas de selección/exclusión, de periodización y sistematización. Javier Sasso, en su obra *La filosofía Latinoamericana y las construcciones de su historia* (1996), se había preocupado por interpretar el sistema de periodización que había caracterizado la historia de la filosofía en América Latina y ampliando más el espectro, al modo como se ha descrito la dinámica del pensamiento en nuestro continente. Desde la perspectiva latinoamericanista, expuesta por Juan Bautista Alberdi en 1840, hasta la universalista fundada por el grupo del novecientos, la historia de las ideas como sistema idóneo parece ser el centro de discusión entre los dos grupos.

Sin embargo, la inquietud de Sasso va más allá que la mera crítica de dos propuestas que recaen en generalizaciones identitarias, como es el caso de los latinoamericanistas, y del dominio de una tradición europea como paradigma insalvable en la propuesta de los universalistas. Sasso se pregunta, primero, por la selección de un corpus que recaen en el oficio de un historiador, y que habrá de convertirse en un modelo de pensamiento, de hacer la filosofía. Luego, se preocupa por la periodización, por los modos de reafirmar la dependencia con un sistema mayor o con los intentos por generar series de tiempo que correspondan a la realidad narrada desde los pensadores, y que solo puede obedecer al territorio latinoamericano. De este modo, Sasso (1998) se fija un objetivo claro:

1 Al referirnos a la subjetivación histórica en lo concerniente a la literatura, debemos exponer los sistemas de periodización que la caracterizan: por géneros (novela, cuento, poesía), por periodos históricos (literatura de la conquista, de la colonia, de la independencia) o por movimientos estéticos (romántica, moderna, realista). En este sentido, el objeto literario, llámese obra, siempre va a estar en una permanente dependencia con una infraestructura ajena, muchas veces, a su propia mismidad. Ya Ángel Rama había puesto sobre la mesa la discusión en torno a la independencia del sistema literario y había enunciado la necesidad de generar un mecanismo que no convirtiera al corpus en un resultado inmediato e inmanente de su contexto. Es así como la literatura debería convertirse en un objeto panhistórico que deviniera en una periodización propia, una narración desde sí y para sí.

Formular ciertos reparos de carácter conceptual con respecto a la organización que estos historiadores del pensamiento latinoamericano han dado a los materiales que investigan, en especial cuando intentan dar una visión global de dicho pensamiento, ubicar en él su vertiente filosófica o insertar a aquel y a esta en el conjunto de la historia y de la cultura latinoamericanas (p. 2).

El problema que evidencia Sasso en la historia del pensamiento latinoamericano, la presencia de la historia de las ideas como un escenario en donde la identidad unificadora puede gestarse, no es otro que el que obedece al del papel del historiador y de la historia misma en las expresiones humanas. Si regresamos a Sasso, la función del filósofo, del crítico y del historiador literario pareció unificarse en una misma búsqueda: la de una organización del archivo que le permita “exhumar”, “describir” y “adscribir” los materiales seleccionados a una dinámica que los legitime, ya sea la cultura o la tradición. Ahora, el ofrecer un material que refirme un conglomerado de ideas, universales transhistóricas que para sus seguidores pueden presentarse como irrefutables, trae consigo una contradicción que pone en crisis el sistema de historización reconocido por largo tiempo en Latinoamérica. Elias Palti (2007) deja claro que la misma naturaleza subjetiva y variable de las ideas pone de manifiesto una contradicción perenne: “(...) la historia muestra que los hombres no han tenido nunca mayores problemas en contradecir sus ideas siempre que lo consideraron necesario. Tomar las mismas como base para comprender el sentido de sus acciones resultaría, por lo tanto, sencillamente ingenuo” (p. 66).

Ahora bien, si la historia de las ideas no puede fijar la estabilidad que pretende, debe

buscar una base que legitime su propuesta. Sasso sabe definirla muy bien: debe conseguir un relato, una propuesta narrativa que fortalezca todos sus enunciados. La filosofía, como sistematización del pensamiento, parece ser la respuesta a dicha inquietud, su “supremacía narrativa”, como la llama Sasso (1998), la convierte en un metarrelato de donde emanan una serie de correlatos que incluyen, ineludiblemente, a la literatura:

Contempladas las cosas con un grado suficiente de generalidad, puede decirse entonces que los cultores de la disciplina aquí mencionada ordenan el devenir histórico-intelectual latinoamericano mediante una periodización básica que pretende atender tanto al campo de la actividad puramente intelectual (donde lo filosófico tendría el papel dominante) como al entorno público y social (p. 3).

El papel dominante de la expresión filosófica no puede desligarse de la producción de ideas y de su conglomerado, visto en una escuela o movimiento filosófico. De este modo, los historiadores de las ideas han querido vincular al modernismo, por ejemplo, como resultado del socavamiento del romanticismo y a este como la puesta en duda del positivismo. Se hace evidente una periodización que parece ubicarse en la pugna de órdenes de conocimiento que luchan por un lugar permanente en el campo, propiciando dos regímenes que resultan modélicos: la escolástica como representación del orden antiguo, y el positivismo como una propuesta de nuevo conocimiento.

Si accedemos, como lo propone Sasso, a un análisis discursivo de las historias de la literatura, podemos encontrar la misma dicotomía. Antonio Gómez Restrepo, por ejemplo, quien publica en 1938 *la Historia de la literatura colombiana*, se impone a sí mismo la mi-

sión de revisar el archivo de la obra de José María Vergara y Vergara, *Historia de la literatura de la Nueva Granada* (1867). Encuentra en la propuesta de Vergara una serie de imprecisiones históricas que ponen en duda la veracidad del trabajo de este último, y que reafirman la legitimidad del suyo. Gómez Restrepo, sin embargo, resguarda las ideas que han dado, en apariencia, origen a las letras colombianas, resumidas en la reafirmación de una tradición de raigambre hispánica y la función de la literatura como paradigma identitario. La influencia de la historia revisionista, que entra por Argentina en la tercera década del siglo XX, parece ser fundamental en la misión de Gómez Restrepo, pero esta “corrección” no es más que una legitimidad más clara del proceso de “adscripción” al que hicimos referencia anteriormente.

La necesidad de llenar los vacíos y datos que caracterizaron a la primera historia de la literatura colombiana no es una propuesta de novedad, ni de cambio en la función del historiador. El mismo Gómez Restrepo se presenta como aquel que exhuma con mayor seguridad el archivo y que tiene, además, armas más contundentes para legitimarlo. No solo su relación de estudiante/maestro con Marcelino Menéndez y Pelayo, sino la constante comparación que realiza entre la literatura colombiana y la española, reafirman la presencia de un metarrelato filosófico para legitimar la selección que propone. Cada escritor que conforma la obra de Gómez Restrepo parece asirse a través de su relación con una tradición “mayor” y, además, se convierte en representante de una época caracterizada por la dinámica axiológica ideal.

En este sentido, el metarrelato que organiza la propuesta de Gómez Restrepo (1938) no es otro que la categoría hegeliana de *Zeitgeist*; el espíritu de la época que tanto importó a los románticos, se convierte en un piso esencial para el historiador colombiano: “Los géneros literarios no florecen con igual esplendor en todas las literaturas, ni aun en las más ricas y originales. **El genio nacional** va por caminos diversos, de acuerdo con misteriosas tendencias de las razas” (p. 6. El resaltado es mío). En este sentido, es el genio nacional la encarnación del propio espíritu de la época, de las interconexiones existentes entre los individuos, la religión, el arte y la sociedad. El espíritu objetivo solo puede habitar una colectividad unificada por su producción, es el terreno en donde germina cualquier semilla de acuerdo con su especificidad.

Por otra parte, pensar en una historia que deberá mostrar una evolución clara, una dialéctica interna de cada momento temporal que lo invita a abrirle paso a uno aparentemente mejor resulta ser la tarea esencial de Gómez Restrepo (1938) y de aquellos que le siguieron. Por ejemplo, la visión que presenta el historiador sobre la Expedición Botánica y la presencia de José Celestino Mutis en el Nuevo Reino de Granada no resulta tan importante para su tiempo como para la revolución política que surgiría de ella: “Mutis y su grupo realizaron una verdadera revolución intelectual, que puede presagiarse como otra de mayor alcance. Del campo científico se pasó sin grande esfuerzo al político” (p. 44).

De este modo, las necesidades de adscripción y legitimidad dependen exclusivamente de dos factores externos al propio archivo: su vinculación a una tradición mayor

y la supremacía, como lo denomina Sasso (1998), de la expresión filosófica. La idea de espíritu de la época hegeliana, tal vez interpretada de forma inmediata por Gómez Restrepo, define el sistema de periodización “evolutivo” y relativista de la *Historia de la literatura colombiana*.

EL CARÁCTER SUBJETIVO DE LA PERIODIZACIÓN

La inserción de un sistema de pensamiento en una época como principio explicativo, narración propia del metarrelato filosófico, parece ser una de las directrices que rigen las propuestas de periodización de aquellas historias de la literatura que mantienen una íntima relación con la idea de una tradición mayor y paradigmática; incluso, nuestras historias estarían inscritas, en su conjunto, a la corriente universalista². Ahora bien, uno de los objetivos de estas corrientes, principio y anclaje de la historia de las ideas, es precisamente la creación de una puesta en escena totalizante que permita la seguridad del escenario unificado. En este sentido, la periodización será una de sus principales herramientas. De acuerdo con Enrique Semo (1977), toda propuesta de periodización obedece a las necesidades e interpretaciones del historiador: “La periodificación es parte del esfuerzo por distinguir lo fundamental de lo secundario; establecer la relación entre la continuidad y la discontinuidad en la historia; ligar la parte con el todo” (p. 13). La estructura de aquella puesta en

escena totalizante está demarcada por lugares claros y fijos para los agentes; a su vez, garantiza la estabilidad de la periodización demarcada. Sin embargo, las series de tiempo son en realidad un escenario en donde conviven y se entrecruzan varias tradiciones, varias voces de diversa naturaleza: “La coexistencia en el marco de una determinada escena teórica supone una concepción, declarada o no, de dicha escena como totalidad estructurada” (Sasso, 1998: 5).

Pero la totalidad estructurada de la escena totalizante, como lo explica Sasso, no puede, alejándonos de lo abstracto, garantizar un *continuum* real y único; lo que un sujeto crítico podría encontrar es más bien una dialogización de la escena. Los tres elementos que aparecen constantes en cualquier relato, en cualquier propuesta histórica, son invariables (texto, sujeto, contexto). En este sentido, la periodización refleja el intercambio de los tres elementos, y exige replantear el carácter sublime del pasado. Dominick LaCapra evidencia que esta dinámica cambia de forma absoluta la relación con un contexto que ha sido presentado como determinante y un sujeto que parece estar como agente constante e impávido de los cambios:

Sin embargo, el problema mayor es explorar la interacción entre varias dimensiones del uso del lenguaje y su relación con la práctica, incluyendo la relación entre reconstrucción histórica “demostrativa” e intercambio dialógico “performativo” con el pasado así como la que existe entre exceso “sublime” y los límites normativos que son necesarios como controles de la vida social y política (LaCapra, 2006: 20).

Valiéndonos de la cita de LaCapra, reaparecen elementos que habíamos enunciado

2 Aunque *Letras colombianas* (1944) de Baldomero Sanín Cano rompe con la idea de una tradición regente, e incluso, con una periodicidad evolutiva que se evidencia en una obra inorgánica, como él mismo la llama, la supremacía de la expresión filosófica sigue formando parte de su propuesta. La idea de una historia efectiva, con el tono del presente como principal eco, parece devenir de su estrecha relación con Georges Brandes, y por consiguiente con Nietzsche. No olvidemos que Brandes no solo fue amigo personal del filósofo alemán, sino uno de sus principales traductores.

anteriormente. En primer lugar, en la “reconstrucción histórica” es fundamental la interpretación del historiador y su apuesta en el campo para definir la periodización. Es así como la presencia del sujeto, parte fundamental de la tríada, no es ni pasiva ni estable. Por otro lado, el contexto, en tanto objeto determinado por los intercambios, no puede ser visto como un complejo determinado de antemano, sino como un elemento central en la reconstrucción discursiva. Entonces nos quedamos con el texto como receptáculo de aquella dinámica, y entroncamos nuestra propuesta con la de Sasso, para quien resulta fundamental el análisis detallado de los artefactos históricos³.

LA ENUNCIACIÓN COMO PROCESO DE SIGNIFICACIÓN

LaCapra nos hace notar otro asunto de importancia considerable: la naturaleza de aquellos textos en donde se lleva a cabo el proceso de enunciación, la naturaleza locutiva y la fuerza ilocutiva (p. 14). Al parecer, tanto Sasso como LaCapra reconocen que en la propia selección del corpus habitaría la naturaleza sintomática de un contexto construido. La historia de la literatura no escaparía de dicha caracterización: “El problema central para el establecimiento de una historia de la literatura. Como ya lo habían planteado los formalistas rusos, al principio del siglo XX, es la formulación de criterios pertinentes para caracterizar la particula-

ridad, en la historia, de la serie literaria” (Pouliquen, 2010: 15).

Pero el hallazgo de los textos sintomáticos que podría parecer una propuesta canónica, es en realidad una ruptura con aquel psicologismo que alejó a la historia literaria de la propia literatura, y la convirtió, como nos hace ver Yuri Tinianov, en una génesis de los fenómenos literarios. Es decir, no se trata de eludir el establecimiento de cánones propio de cualquier propuesta, incluyendo la historia intelectual, sino más bien de lecturas no canónicas de lo canónico, o para ser más claros, de los textos canonizados. Uno de los elementos que considera Tinianov (1975) es precisamente el aislamiento de la serie literaria, se hace necesario intronizarla y relacionarla con otras series que contienen su propia condición cultural (p. 21). Es así como se relacionaría la lectura dialógica como evidencia de un acercamiento no canónico.

La exposición que hace Sasso de la obra del historiador y filósofo argentino Juan Bautista Alberdi pone en práctica la crítica de Tinianov y LaCapra. El texto *Ideas para presidir a la confección del curso de filosofía contemporánea*, publicado en 1840, no solo manifiesta la apuesta de un Alberdi que propone acabar con el yugo de un pensamiento atado al modelo escolástico, y que brinda una supremacía expresiva de la metafísica, sino que expone la necesidad de una filosofía que entre en consonancia con la sociedad y que deje de ser un “para”, convirtiéndose en un “por”. Sasso logra elucidar estas conclusiones a partir de tres elementos que estima esenciales: la naturaleza propia de los enunciados, su relación con otros sistemas y, finalmente, la proyectiva del discurso. En este sentido, y si recordamos a LaCapra,

3 Esta propuesta tendría su origen en la Escuela de Cambridge basada en el giro lingüístico. Para estudiosos como Arthur Lovejoy (1983), los textos históricos son actos de habla que obedecen a períodos locutivos característicos del propio enunciado, e ilocutivos como definidores de las fuerzas sociales (p. 51). Cobijados bajo los principios de J.L. Austin (1971), la comprensión del acto de habla exige no solo situar el contenido del enunciado en la trama de relaciones lingüísticas, sino que es fundamental reconocer su contenido proposicional centrados en la intencionalidad del agente, aquella fuerza ilocutiva; es decir, las condiciones de producción (p. 89).

los lineamientos resultan análogos. Lo que para Sasso es la naturaleza del enunciado, para LaCapra es el texto, el elemento que Sasso propone como relacionar, resulta en un contexto para el alemán, y aquella prospectiva que refiere Sasso solo puede darse desde el sujeto presentado por LaCapra.

Este sistema triádico, con elementos que se nombran de manera distinta pero que resultan iguales en su función, hace evidente otro componente fundamental en el problema de la periodización: la relación con el contexto. Ya Sasso (1998) había criticado la postura de los historiadores de las ideas frente a un contexto que se traduce en un tiempo determinado, total y preexistente. Por esto, deja en claro la necesidad de indagar en los contextos que han sido presentados como piedras angulares de la legitimidad adquirida por la periodización elaborada a través del sujeto-historiador:

En términos más generales, cabría decir que *la necesidad de indagar en los contextos* de una manifestación doctrinaria *no debe entenderse como la formulación de un texto nuevo*, con enunciados incompatibles con los de hecho emitidos y que solo cuentan con el aval de lo que el investigador —guiado él también por sus preferencias y criterios— piensa que debió ser (p. 56).

La discusión que pone sobre el tapete Sasso traspasa al propio pensamiento latinoamericano y se entronca con un problema mucho más grueso entre epistemes diferentes. Como lo hemos dicho anteriormente, una de las preocupaciones que agrupan a LaCapra, Sasso y Tinianov es precisamente el carácter sublime y abstracto del pasado, su relación con el sujeto. Sasso se sitúa en la cuestión de la elevación de lo abstracto a lo concreto, dejando en la palestra dos rutas específicas:

la lógica-no histórica propia de las ciencias sociales y la del anclaje en determinaciones empírico-históricas, característica *sine qua non* de la historia. En la primera, por ejemplo, el movimiento modernista no se analizaría desde el desarrollo del modernismo en tal o cual país o periodo, sino en la estética modernista en general; en la segunda, se tendría en claro la formulación de las leyes del desarrollo histórico en series culturales y temporales determinadas, lo que evitaría, de acuerdo con Sasso, caer en generalizaciones excesivas y descontextualizadas.

Es así como la selección de los textos sintomáticos que condensarían la periodización dejaría de depender, por lo menos parcialmente, de una ideología determinada como lugar de enunciación, y se comprendería como la explicación efectiva de una dinámica social concreta. El corpus deberá, entonces, entrar en franco diálogo con los otros elementos que le acompañan, ya sea con sujetos (prospectiva de los enunciados), con el contexto (relación entre enunciados diversos) y consigo mismo y otros artefactos discursivos (naturaleza de los enunciados).

LOS MODOS DE ESCRIBIR LA HISTORIA

Pero el análisis de los enunciados no se limita a una observación somera sobre su naturaleza sintáctica, sino que hace eco de las propuestas de filósofos del lenguaje como Ludwig Wittgenstein (1991), quien al evidenciar los juegos lingüísticos puso en entredicho el cálculo lógico de la lengua y la presentó como una práctica social (pp. 38-40). La historia, en este sentido, se presentó como el complejo de textos más completo y más panorámico, la experiencia histórica ya no se limitaba a la relación inmediata entre sujeto y contexto, sino que sumaba la forma

de narrar estos hechos como paradigma de observación. Filósofos como Arthur Danto propusieron el acercamiento a unidades de análisis a las que denominó “enunciados narrativos” y que, de acuerdo con sus planteamientos, le otorgan al historiador la ventaja de construir procesos de significación más estimulantes y menos enquistados en la estabilidad del pasado. Por esta razón, la historia del arte, en la que podemos incluir la historia de la literatura, resulta para Danto (1989) un escenario ideal que demuestra su toma de posición:

Historia e historia del arte en particular, era entonces no algo que proporciona hechos interesantes sino más bien hechos externos acerca de obras ya completamente accesibles sin conocimiento de estos hechos. La imagen familiar del espectador históricamente ignorante transfijado por el poder intemporal de las obras de arte debía ser abandonada. No hay tal poder intemporal (p. xi).

El fin de lo que Danto (1989) llama el poder intemporal, la fortaleza de los enunciados universales o, regresando a Sasso y a LaCapra, totalizantes, se da en lo que denomina “la transfiguración del lugar común”, y que define la identidad de las obras de arte de acuerdo con su locación histórica, de acuerdo con su condición de producción (p. 13). Es así como Danto también se une a los planteamientos de Sasso y de LaCapra: lo universal, la escena totalizante, solo puede generar una profunda descontextualización del objeto, y un silencio preciso y controlado del sujeto.

Por tanto, desentrañar la naturaleza de estos enunciados narrativos requiere lo que Sasso propone como un rastreo conceptual de las categorías y de las fuentes, una “disposicionalidad” que le permita dar cuenta

de su propia construcción⁴. Parte de esta toma de posición le confiere al análisis de los enunciados históricos otra función que resulta primordial: la del rastreo consciente y profundo de las fuentes teóricas y filosóficas que sirvieron como base del relato histórico. Esto nos lleva a cuestionarnos la figura de un historiador presente, un narrador objetivo que sirva de cronista y cuya credibilidad se encuentre mediada por una voz de primera mano. En este sentido, el registro de los hechos a medida que suceden se ve socavado por la interpretación de quien los asume. El historiador se convierte en su supralector que no se limita a recoger la información y a ponerla al servicio de la objetividad; por el contrario, el trabajo archivístico se transforma en un paradigma de selección que merece ser analizado.

El ordenamiento de los hechos exige, para conformar una periodización, la estructura de relaciones que puedan solventarse desde sí mismas y que encuentra en el proceso comunicativo de la significación la presencia de intereses colectivos y, claro está, devenidos del propio historiador. No en vano, por ejemplo, el intelectual colombiano Baldomero Sanín Cano escribe *Letras colombianas* (1944) bajo la batuta del pensador Georges Brandes, traductor de Nietzsche y representante de una historia que abogaba por una promesa de emancipación moderna del sujeto. Por esta razón, define su

4 La categoría de disposicionalidad tiene su origen en las propuestas de Heidegger condensadas en *Ser y tiempo* (2003: 102-103), y explicadas con insistencia por Vattimo. La disposicionalidad hace referencia al “modo originario de encontrarse y de sentirse en el mundo, es una especie de primera ‘preñión’ global del mundo que de alguna manera funda la comprensión misma” (Vattimo, 1985: 14). Autores como Aarón Gradera Bustamante (2008) reconocen en este preordenamiento del mundo una relación que podría evidenciarse en el propio lenguaje, en la propia construcción significativa del mundo, en la escritura como muestra de múltiples relaciones y correspondencias entre sujeto y sociedades diversas (p. 27).

propuesta periódica como un “conjunto de ensayos sueltos, inorgánicos” (p. 12), que han dejado de responder a un corpus literario dependiente de la historia general. La propuesta de Sanín Cano no solo resulta novedosa en un escenario que ha sido cifrado por la historia monumental, sino que borra la utilidad de un *continuum* histórico estable y legitimado por la profecía de un futuro construido de antemano.

Sasso (1998) sitúa la crítica hacia la historia de las ideas desde este mismo punto: el tono profético que confiere a las narraciones, y la necesidad de insertar esta característica en un discurso universal que lo potencie y legitime, un escenario totalizante que no permita fracturas, pues “intentan dar una visión global de dicho pensamiento, ubicar en él su vertiente filosófica o insertar a aquel y a esta en el conjunto de la historia y la cultura latinoamericanas” (p. 2).

Para detectar las falencias de las que acusa Sasso a un pensamiento orientado a la identidad continental, resulta necesario no solo verificar el modo como se ordenan los materiales, sino los dispositivos de relación que podrán vincularlos. Si regresamos a la importancia que tiene la significación como proceso de relación entre los materiales, como base de la periodización, la concepción de idea que tiene dicha escuela parece ser el centro del problema y, a la vez, de la explicación. De acuerdo con Sasso, las ideas como conjuntos identitarios, como relatos que unifican la posibilidad de pensar un continente emancipado, pero al mismo tiempo aglutinado en sí mismo, orientan la búsqueda de aquel corpus que conformaría el archivo de una tradición propia, estructurada por un cuerpo letrado que se ve forzado a la propuesta intelectual de la llamada

filosofía latinoamericana: “Dichos textos son *descritos* (a veces minuciosamente) y por medio de su descripción se los *adscribe* a una determinada corriente intelectual; dicha corriente acaba por ser una tendencia, en algún sentido, filosófica” (p. 3).

En consecuencia, las fuentes no estarían siendo analizadas por el historiador, sino “descritas”, ubicadas dentro del archivo a conveniencia del proyecto colectivo. La idea de una historia que no abandona el “egipcianismo” criticado por Nietzsche, hace latente su presencia en la subordinación del texto, en el poder sobre el documento. Si el historiador se concibe como un exhumador, tal y como describe Sasso a los agentes de la propuesta latinoamericanista de finales del siglo XIX y principios del XX, la continuidad histórica resultaría en una profecía de la verdad eterna, en un escenario integrado y universal: “[...] si el sentido histórico se deja ganar por el punto de vista supra-histórico, entonces la metafísica puede retomar por su cuenta y, fijándolo bajo las especies de una conciencia objetiva, imponerle su propio *egipcianismo*” (Foucault, 1992: 19).

LaCapra, por su parte, también emprende una crítica a esta idea del relato histórico, pero su punto de vista no se centra exclusivamente en el manejo de las fuentes, en la conformación del archivo, sino en la proyección de las propuestas y en su relación con la construcción de la memoria; para ser más claros, en la participación del sujeto como habitante principal de la experiencia temporal. Ahora bien, esta relación entre una subjetividad que no puede ponerse de lado y los modos de periodizar, organizar y proyectar el archivo, encarna para LaCapra un vínculo necesario entre historia y psicoanálisis, superando una relación meramente

ideológica y colectiva entre el individuo y la sociedad (p. 25). Dicha propuesta se enlaza de nuevo con la de Sasso, para quien resulta fundamental pensar no solamente en la estructura de los enunciados históricos, sino en la proyección y recepción que estos tuvieron en una comunidad definida de sujetos.

Sasso (1998) deja claro que uno de los puntos más importantes de su análisis será la proyección de los textos de Alberdi en su contemporaneidad, pero también en los proyectos latinoamericanistas que le siguieron. Es así como no puede ser posible pensar en presupuestos transhistóricos que eviten cualquier cuestionamiento de las ideas que guiaron el proyecto continental, y que aquellos principios identitarios que se consideraron como paradigmas, como guías en la construcción de un pensamiento propio, solo podrían decantar en una peligrosa descontextualización de los enunciados de Alberdi:

Una vez determinados los enunciados alberdianos, la segunda sección se ocupará de establecer *qué significación* tuvo el hecho de haberlos formulado en aquella que fue su situación (...) una tercera sección se ocupará del destino que tuvo ese programa filosófico, así como de sus afinidades y divergencias con otros que le sucedieron. Con cierta laxitud, puede decirse que dichas secciones recogen, respectivamente, la dimensión locucionaria, la ilocucionaria y la perlocucionaria del *discurso de la filosofía* americana de J.B. Alberdi (p. 69).

Es decir, no se piensa en un contexto determinado al cual entren los textos, sino en un terreno que es conformado y transformado por su recepción. El proceso de la significación pone de manifiesto aquella fuerza locutiva e ilocutiva propuesta por la Es-

cuela de Cambridge, y que se convierte en un análisis *in situ* de la propuesta histórica. Analizar los enunciados desde su naturaleza lingüística trae consigo la determinación de una presencia activa en el tejido social, y no de relaciones preestablecidas por las fuerzas de poder sobre el archivo. Expresar el horizonte de expectativa de los enunciados trasciende la idea de que son productos cerrados en un escenario histórico predeterminado, además de contar con la función significativa del sujeto como productor y receptor, con la experiencia, tal y como lo propone LaCapra, de aquel individuo en los lugares de enunciación construidos.

NUEVOS PROBLEMAS DEL ARCHIVO

Jacques Derrida, en su texto *Mal de archivo*, pone sobre el tapete un problema que podría tener su mayor expresión en los modos como se ha subvertido el archivo a una serie de registros que deben ser conectados de manera directa o, incluso, relativa de causa-efecto. Derrida (1997) pone de manifiesto la necesidad de dejar de pensar en un solo archivo, sino en archivos que en esta era posmediática deberán iniciar un camino ramificado para comunicarse (p. 14). Si pensamos que esa multiplicidad de archivos no se debe exclusivamente a la apertura prometeica de los modos de comunicación, sino a nuevas formas de dilucidar la experiencia del sujeto como centro de la historia, estaríamos cercanos a LaCapra y Sasso.

Sin embargo, surge una pregunta a partir de la lectura que hace Sasso sobre la historia del pensamiento latinoamericano: ¿cómo superar la interpretación de un sujeto sobre el devenir cultural de una colectividad? Entendemos que los enunciados tienen en el centro de su dinámica una fuerte presencia

de la subjetividad que cualquier proceso de comunicación experimenta, y que Sasso estaría apuntando a una posible universalidad de los relatos históricos. Su afán se direcciona, tal vez, a superar la relación inmediata entre contexto y sujeto, relación que necesariamente contiene un alto sentido epocal de los acontecimientos históricos, y que los agota desde su vínculo con el escenario de producción. Al parecer, Sasso (1998) intenta dar una respuesta metodológica a este interrogante:

[...] es razonable buscar entonces otro terreno donde la disidencia pueda evaluarse, y que no padezca de la generalidad excesiva del plano de las concepciones globales acerca de la disciplina ni de la inútil acrimonia del de las mutuas condenas. De ahí que el objetivo que ha inspirado este trabajo haya sido intervenir en esa disputa, llevándola en una dirección más productiva que la habitual (p. IX).

La intervención a la disputa entre los universalistas y los latinoamericanistas resultaría descrita, con mayor efectividad, desde lo que Sasso propone como una “historia de las réplicas”, que aunque apenas se insinúa, podría entenderse como un punto de partida interesante para el análisis de un sistema de pensamiento a partir de los enunciados narrativos producidos en los textos (p. 25). Es evidente que Sasso no resuelve satisfactoriamente el problema, y que intenta darle una salida desde un proceso de recepción de los proyectos filosóficos. Lo que sí deja claro Sasso, y que podría convertirse en una estructura analítica propicia, son las dicotomías que presentan los sistemas desde su horizonte de expectativa y proyección. La referida disputa puede resumirse en cuatro puntos fundamentales: lo foráneo vs. lo telúrico, lo universal vs. lo particular, el pen-

samiento “puro” vs. una filosofía militante y, finalmente, lo ontológico vs. lo politizado.

El sistema de oposiciones podría verse de modo jerárquico, es decir, definir cuál parte del binomio ocupa el lugar más importante en la discusión. En este sentido, estaríamos devolviéndonos a una “lectura canónica”, como la denomina LaCapra, de los relatos históricos. No se trata, entonces, de un problema limitado a la supremacía de un pensamiento sobre otro; se trata de pensar *con* los textos, al mismo ritmo de la dinámica que proponen. Es así como podríamos ir respondiendo, aunque de manera parcial, la pregunta que nos hicimos por la subjetividad inmersa en el archivo. Son los enunciados y su naturaleza los puntos de partida más certeros para que la interpretación no se limite a la clasificación del corpus, sino a la explicación de campos de poder que solo pueden comprenderse a partir de sus relaciones dicotómicas. Esta lectura relacionar de un conjunto de textos, de un conglomerado de vínculos dinámicos, debería alejarnos de otro problema referenciado por LaCapra (2007):

El peligro de ciertas tecnologías de lectura, incluyendo la deconstrucción y el nuevo historicismo, es que esta distinción puede ser obliterada en la medida en que todos los textos y artefactos son leídos en los mismos términos, como auto-deconstructivos o como sintomáticos desde el punto de vista cultural y político (p. 40).

Si regresamos a la propuesta de Sasso sobre una historia de las réplicas, la lectura uniforme o dependiente con el contexto cultural como determinante de aquellos textos se vería socavada a partir de su relación con otro grupo de enunciados que surgen, ya sea de forma crítica o replicante, de aque-

llas propuestas evidenciadas en ese corpus. Entonces el archivo iría perdiendo su condición cosificada de instrumento que puede ser manejado al antojo de la hegemonía. Si el archivo se convierte en un elemento rizomático, que disipa su cualidad de unificación y sistematización, las “desigualdades de desarrollo”, como lo ha determinado Derrida (1997: 25), podrían hacer visible todo aquello que un régimen determinado de enunciación ha dejado de lado. De este modo, las propuestas de Alberdi no están sujetas exclusivamente a un ideario político que las apoye, sino que se ven contrastadas desde sí mismas y a lo largo del tiempo, el pensamiento latinoamericano, desde la lectura no-canónica de Sasso, podría traslucirse como un corpus fragmentado y múltiple que no cuenta con una sola estación.

Así que la búsqueda de una interpretación a partir de un archivo histórico ya no se ve avocada al hallazgo de un corpus legitimado, sino a la detección de vínculos entre la multiplicidad de archivos y de los sistemas que se enfrentan en su interior. Ahora bien, surge otra pregunta: ¿el evidenciar los archivos a partir de sus relaciones dicotómicas no es un regreso al modelo objetivo y relativista de la causa y el efecto? Creo que deberíamos acudir a teóricos como Anthony Giddens (1995), para quien lo importante no se cifraría en el debate epistemológico de la objetividad o de la causalidad, sino en la relación constante entre el archivo y la realidad social que lo sustenta (p. 65). Es evidente que Sasso se acerca a delinear un contexto social fragmentado, como la América Latina de finales del XIX y principios del XX, y que aparece retratado en las propuestas de Alberdi, quien intenta superar la politización de un pensamiento que no puede ni debe generalizarse.

El mismo Giddens expone que si bien es necesario situar al archivo en un periplo espacio-temporal específico, la contextualidad de la acción está delimitada también por la co-presencia de los actores, junto con la conciencia y el uso del fenómeno de la reflexividad para influir o controlar “el fluir de la interacción” (p. 67). Es notorio que el centro de la teoría de Giddens es el sujeto, su capacidad de interpretación e interrelación de los hechos, su modo de organizarlos, describirlos y explicarlos; en este sentido, la correspondencia entre la propuesta de Sasso y la de LaCapra con la de Giddens es directa, solo que para los dos primeros pensadores el llamado “fluir de la interacción” puede aterrizar como el proceso de significación al que hemos hecho referencia con anterioridad. De esta manera, por ejemplo, uno de los objetivos que se propone Sasso (1998) es el de analizar los modos como aquellos sujetos, pilares de la comunidad interpretativa en cuestión, generan una periodización, que aunque dependiente permite entrever su toma de posición:

[...] puede decirse entonces que los cultores de la disciplina aquí mencionada ordenan el devenir histórico-intelectual latinoamericano mediante una periodización básica que pretende atender tanto al campo de la actividad puramente intelectual (donde lo filosófico tendría el papel dominante) como el entorno político y social (p. 3).

Lo mismo sucedería para LaCapra y su análisis sobre la postura que toma Habermas alrededor de los modos de representar históricamente el Holocausto, en relación con las proyecciones o réplicas que el hecho y sus relatos tuvieron en una historia más contemporánea:

Cualquiera fueran sus motivaciones personales o sus agendas, las opiniones de los escritores revisionistas [sobre la República Federal de Alemania] eran, para Habermas, un síntoma del resurgimiento neonacionalista que era importante entre las fuerzas conservadoras que pretendían reescribir el pasado nazi como una forma de ofrecer al presente una identidad alemana “positiva” o afirmativa. Este amplio contexto de controversia entre historiadores ofrecía el crucial código o subtexto para argumentos que de otro modo parecerían puramente metodológicos y poco populares (p. 59).

LaCapra se centra, al igual que Sasso, en la revisión de los modos de acceso al archivo y de las recepciones y usos a través de los sujetos y no del registro. Paul Ricoeur (2004), por ejemplo, ya había hecho notar que la discusión entre imaginación y memoria, tratada desde los griegos, debía superarse y centrarse más bien en la actuación de los individuos dentro de la construcción de la conciencia temporal (p. 46). Esto no quiere decir que se le reste importancia al trabajo de rastreo; por el contrario, al tener certeza de la multiplicidad de los archivos y de su naturaleza humana, enunciativa y de significación, la labor toma nuevas fuerzas y el trabajo, muchos más bríos.

Por otro lado, la multiplicidad de los archivos, la propuesta de una lectura no canónica de aquello que podría resultar canónico, también nos acerca a un terreno de vital importancia: la naturaleza de los archivos también aparece diversa, y ya no se centraría en el rastreo de cuerpos letrados, sino orales, visuales, cotidianos, etc. Digna representante de esta pluralidad, resulta la microhistoria o la historia local, la cual centra su atención en realidades concretas y en archivos que han sido construidos por comunidades

determinadas. Incluso, podríamos pensar que la historia intelectual, concentrada en los archivos personales y epistolares de ciertos pensadores intenta explicar desde lo “individual” una realidad más amplia sin caer en los contextos generalizados, o en los relativismos históricos que tanto criticaron LaCapra y Sasso.

Ahora bien, este cuestionamiento sobre el archivo y su periodización, sobre la voluntad del sujeto y el contexto determinante, parece ser reflejo de un coloquio crítico que ha tenido como centro de discusión la crisis de una historia social. Ya Geoff Eley (2008) había sostenido que dicha crisis propiciaba la apertura de “un espacio imaginativo y epistemológico” (p. 32), junto con una noción temporal basada en el discurso; es decir, a partir de la naturaleza de los enunciados. La irrupción de la historia intelectual, por ejemplo, ha socavado muchas de las certezas propias de la historia social; una de ellas, y tal vez la más visible, es precisamente la confianza de un modelo social determinado y preexistente. Esta nueva presencia de la historia intelectual ha demostrado que aquello que resultaba canónico, no lo era en realidad; además, la “autonomía relativa” y la “causalidad estructural” de la que se hizo partícipe la historia social se ha abierto camino al carácter discursivo de todas las prácticas.

Aunque la historia intelectual aún adolece de muchas respuestas metodológicas, pensadores como Oscar Terán o Elias Palti⁵

5 Oscar Terán anunciaría algunos de los lineamientos de una posible Historia Intelectual en su libro *Historia de las ideas en la Argentina: diez lecciones iniciales, 1810-1980* publicado en 2008 por Siglo XXI. En el caso de Elias Palti, la mayoría de su obra se ha centrado en el análisis y en la construcción de una Historia Intelectual latinoamericana. Un ejemplo, su obra *La nación como problema: los historiadores y la “cuestión nacional”* (2003)

ya han expuesto las posibilidades de apertura que parece ofrecer y los caminos que se muestran listos para ser recorridos. Lo que sí es claro es la inevitable y necesaria superación de la disyuntiva permanente entre objetivismo y subjetivismo, sin que esto resulte en un regreso a la historia idealista, y mucho menos a la historia de las ideas. Ahora, si estamos frente a una "historia discursiva" como la denomina Miguel Ángel Cabrera, "historia de la experiencia" en palabras de LaCapra, o "historia intelectual" como lo enuncia Sasso, creo que lo que deberíamos preguntarnos, más que la mera definición de nuestra propuesta o la inscripción a una u otra ruta, es, si nuestra necesidad de enunciación ha cambiado como el mismo escenario, por qué no ha de transformarse aquello que lo narra, representa y cuestiona⁶.

REFERENCIAS

- Austin, J. L. (1971). *Cómo hacer cosas con palabras: palabras y acciones* (Comp. J.O. Urson) (Trad. Genaro Carrió y Eduardo Rabossi). Barcelona: Ediciones Paidós.
- Badiou, A. (2008). *El balcón del presente: conferencias y entrevistas* (Trad. Susana Bercovich, Françoise Ben Kemoun). México: Siglo XXI - Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras.
- Cabrera, M.A. (2001). *Historia, lenguaje y teoría de la sociedad*. Madrid: Cátedra; Valencia: Universitat de València.
- Danto, A.C. (1989). *Historia y narración: ensayos de filosofía analítica de la historia* (Trad. Eduardo Bustos). Barcelona: Ediciones Paidós.
- Derrida, J. (1997). *Mal de archivo: una impresión freudiana* (Trad. Paco Vidrate). Madrid: Editorial Trotta.
- Eley, G. (2008). *Una línea torcida: de la historia cultural a la historia de la sociedad* (Trad. Ferran Archilés Cardona). Valencia: Universitat de València.
- Foucault, M. (1992). "Verdad y poder". *Microfísica del Poder*. Madrid: La piqueta.
- Giddens, A. (1995). *La constitución de la sociedad: bases para la teoría de la estructuración* (Trad. José Luis Etcheverry). Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Gómez Restrepo, A. (1938). *Historia de la literatura colombiana*. Bogotá: Imprenta Nacional.
- Gradera Bustamante, A. (2008). *Vindicación. Nuevos enfoques sobre la condición retórica, literaria y existencial de las fuentes históricas*. México: Universidad Autónoma Metropolitana.
- Heidegger, M. (2003). *Ser y tiempo* (traducción, prólogo y notas de Jorge Eduardo Rivera). Madrid: Editorial Trotta.
- Lovejoy, A.O. (1983). *La gran cadena del ser: historia de una idea* (Trad. Antonio Desmonts). Barcelona: Icaria Editorial.
- LaCapra, D. (2006). *Historia en tránsito: experiencia, identidad, teoría crítica*; traducción de Teresa Arijón. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Palti, E. (2007). De la historia de 'ideas' a la historia de los 'lenguajes políticos'. Las escuelas recientes de análisis conceptual. El panorama latinoamericano. *Revista Anales*, 7-8, 63-81.

6 La propuesta de Cabrera (2001), presentada como una "historia discursiva", es, según el autor, una evolución clara de aquello que Patrick Joyce, en 1990, definió como "historia postsocial", evidencia de una ruptura directa con la historia social, y que Cabrera retoma para conformar un camino historiográfico que vaya al ritmo de los cambios experimentados por los órdenes sociales y, por ende, discursivos (p. 100).

- Pouliquen, H. (2010). *Criterios textuales para una periodización literaria. Observaciones históricas de la literatura colombiana. Elementos para la discusión* (Cuadernos de trabajo III) (coord. Alfredo Laverde Ospina y Ana María Agudelo Ochoa). Medellín: La Carreta Literaria.
- Ricoeur, P. (2004). *La memoria, la historia, el olvido* (Trad. Agustín Neira). México: Fondo de Cultura Económica.
- Sanín Cano, B. (1944). *Letras colombianas*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Sasso, J. (1998). *La filosofía Latinoamericana y las construcciones de su historia*. Caracas: Monte Ávila.
- Semo, E. (1977). Problemas teóricos de la periodización histórica. *Revista Dialéctica*, 2, 11-23.
- Tinianov, Y. N. (1975). *El problema de la lengua poética* (2ª. ed. corregida) (Trad. Ana Luisa Poljak). Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- Vattimo, G. (1985). *Las aventuras de la diferencia: pensar después de Nietzsche y Heidegger* (Trad. Juan Carlos Gentile). Barcelona: Ediciones Península.
- Wittgenstein, L. (1991). *Discusiones sobre el lenguaje: memorias*. Manizales: Publicaciones Universidad de Caldas.